


Carlos Molina Velásquez

SAN OSCAR ROMERO: CRISTIANISMO O BARBARIE



El triunfo del fascista Jair Bolsonaro ha puesto en la mira a los cristianos evangélicos brasileños. Como también ha sucedido en otros países de América Latina, la desconfianza que generan los partidos políticos y la cercanía de los "pastores" a las comunidades pobres ha ido preparando el ingreso de las oraciones y sentencias bíblicas en los debates parlamentarios. Algunas personas han reaccionado a esto denunciándolo como un ataque al carácter laico del Estado, al mismo tiempo que identifican la fe cristiana con el conservadurismo que caracteriza a estos "nuevos políticos". Según muchos de sus críticos en las izquierdas y sectores progresistas, la relación entre conservadurismo y cristianismo es tan peligrosa como "lógica" y no puede verse de otro modo.

Carlos Molina Velásquez, salvadoreño, profesor universitario de filosofía. camolina@uca.edu.sv
Fotografía: **Augusto Vásquez** / Imágenes Libres. Archivo CTL

San Oscar Romero: Cristianismo o Barbarie

El problema con esta lectura es doble: se minimiza el acercamiento de los evangélicos a la población y su capacidad para comprender sus necesidades, y se presupone que la fe cristiana, no solo la evangélica, es siempre conservadora o reaccionaria. Es posible que esto se deba a que quienes llevan la voz cantante de las críticas son, por lo general, los movimientos sociales en los que predomina una visión eminentemente secular y “laica” de la lucha social. Las personas y grupos que los conforman son muy críticos de cualquier expresión religiosa institucional, principalmente, debido a los rasgos jerárquicos que poseen, así como a sus formulaciones dogmáticas y concepciones morales, las cuales son catalogadas como autocráticas, eurocéntricas y patriarcales.

No extraña, entonces, que muchos sectores progresistas ignoren o resten valor a la capacidad de las iglesias evangélicas para establecer fuertes vínculos con los sectores más pobres de la sociedad. Resulta fácil echar mano de viejas categorías, como “alienación” o “lumpen”, para resumir de un solo golpe el fenómeno: los pastores, hábiles encantadores, hacen sus trucos y engañan a los bobos; las masas empobrecidas e ignorantes, caen en sus redes. Dudo que las cosas sean así de simples. Lo que manifiestan los votantes de las iglesias, es algo bastante diferente: las iglesias no solo prometen cambios, sino que llevan comida y

ayudan a levantar techos; sus pastores también escuchan y aconsejan, ayudan a sentirse mejor y a tener esperanza; incluso en muchos sitios donde la violencia está desangrando a la población más pobre, las iglesias han logrado garantizar treguas y zonas de seguridad, precisamente ahí donde el Estado ha fracasado.

Entonces, ¿cómo es que este trabajo cristiano de acercamiento al pueblo puede asociarse a la subida al poder de un fascista como Bolsonaro? Pienso que la respuesta la podemos encontrar en la historia de las iglesias cristianas del continente, que incluye a sus mártires y santos, así como a los cómplices de las masacres contra los pobres y desheredados. En efecto, la historia del cristianismo latinoamericano es la historia de San Oscar Romero, pero también de los obispos salvadoreños que apoyaron a sus asesinos. El mundo evangélico no es distinto, el pasado martirial no es exclusivo de los católicos y es fundamental recordarlo; de igual modo, los evangélicos tienen también sus propios ministros con sangre en las manos o con historias de complicidad y connivencia que quizás prefieran olvidar.

Con respecto a la fe cristiana, también podría aplicar aquello de que *nada de lo humano le es ajeno*. Si bien no podemos pensar que todas las iglesias cristianas se comprometen con un mismo tipo de fe, tampoco sería lo más adecuado trazar una “línea abismal”

que deje en un solo lado a las personas que profesan una fe y en el otro a quienes tienen creencias “humanistas” o “populares”. Sin renunciar a la crítica de sus manifestaciones concretas -las iglesias electrónicas o la influencia de los telepredicadores-, el cristianismo no carece *a priori* de los rasgos humanos que posibilitan la conexión con la humanidad sufrida y desesperada, esa misma que puede llegar a ser invisible para los “movimientos seculares” que proclaman su compromiso con la democracia y los derechos humanos. Por supuesto que es necesario analizar los rasgos deshumanizantes que, seguramente, se encuentran en el evangelismo que se asocia a la oleada fascista y conservadora que nos preocupa, pero no deberíamos presuponer que toda expresión cristiana deba poseerlos necesariamente.

En El Salvador, tenemos un buen ejemplo de que la fe cristiana puede ser semilla de liberación: la vida, palabra y obra de San Oscar Romero. Pero incluso el mismo Romero tiene una historia y bien sabemos que no siempre fue un pastor comprometido con la causa popular. Antes de asumir el arzobispado de San Salvador y de ser fuertemente impactado por el asesinato de Rutilio Grande, un párroco jesuita salvadoreño, Romero era un obispo conservador, aunque bienintencionado. El asesinato de Rutilio fue su conversión, una transformación que no modificó su “fe *en* Jesús”-la creencia en

dogmas o preceptos *sobre* Jesús-, sino que lo hizo consagrar su vida a la “fe *de* Jesús” -el compromiso con lo que Jesús hizo *en realidad*-, la cual, como sostiene Franz Hinkelammert, pone absolutamente todo al servicio de *la humanización del ser humano*.

Esta distinción entre la fe en Jesús y la fe de Jesús es clave para comprender la diferencia entre quienes llegaron a ser los seguidores de Romero y sus detractores. La distinción simplista entre católicos y no católicos no ayuda a distinguir a los amigos y a los enemigos de Romero. Por eso se trata de un santo peculiar: sin dejar de ser católico, puede ser reverenciado por cristianos de otras denominaciones, así como por quienes practican otras religiones o no tienen ninguna, ya que solo basta con que se comparta su pasión por la buena nueva que Jesús *anuncia* a los pobres.

Con motivo de la segunda visita que Juan Pablo II hiciera a El Salvador, en 1996, fueron recogidas miles de firmas de salvadoreños que pedían la canonización de Oscar Romero. Muchas de estas firmas eran de cristianos de iglesias evangélicas diversas, todos ellos convencidos de que Romero también era su pastor, su mártir y un ejemplo a seguir para proclamar la verdadera fe de Jesús. Durante esa visita, en un país gobernado por la ultraderecha -el partido fundado por el asesino intelectual del santo- y un arzobispo del Opus Dei, las firmas adoptaron la forma de un gesto de rebeldía y se convirtieron en

San Oscar Romero: Cristianismo o Barbarie

nota disonante en un acto religioso que se transformó en acción política. Mientras el papa rezaba sobre la tumba de Romero, un muchacho y una joven leían ante miles de personas, enfrente de la Catedral Metropolitana, una carta en la que se denunciaban las injusticias contra los más pobres y en la que se pedía que la canonización del arzobispo asesinado fuera el primero de muchos actos de justicia y reparación que debían emprenderse de una buena vez. Y todo esto lo hicieron, por supuesto, sin el permiso de las autoridades civiles y eclesiásticas.

Romero practicaba una “rebeldía consciente” que ponía en aprietos a los formalismos eclesiásticos o políticos. Esa era su manera de amar a la Iglesia y de exigir un compromiso auténtico a los agentes de pastoral y a sus feligreses. También se lo exigía a las organizaciones populares que marchaban en las calles y denunciaban los secuestros, torturas y asesinatos orquestados por el gobierno salvadoreño y la ultraderecha de entonces. Romero decía que no era ni de derecha ni de izquierda, porque no quería ser instrumentalizado por nadie; pero, si bien no pertenecía a ninguna organización política, sus valores e ideales lo ponían del lado de los pobres y oprimidos; su “izquierdismo” no era del tipo criticado por Lenin ni obedecía a que siguiera alguna línea partidaria, sino que remitía a la izquierda que Ignacio Ellacuría, otro mártir salvadoreño, consideraba que tenía más

que ver con *la moral y la nueva sociedad* que con los partidos o el poder.

Entonces, ¿no vendría a ser el cristianismo de Romero una *clave de la humanización que podríamos necesitar ahora*, precisamente, cuando nos toca enfrentar la barbarie que se avicina? Considero que esto no solo puede ser así, sino que es una tarea inaplazable. Romero es una clave para nosotros de varias maneras, pero quisiera destacar tres: en tanto modelo de radicalidad, como orientación crítica y en el sentido de reconstitución ampliada de nuestro compromiso con la vida de los pueblos latinoamericanos.

San Oscar Romero es *clave de radicalidad*, porque al comprender su vida y obra nos acercamos a las raíces de nuestras culturas, raíces en las que lo religioso, en especial la religión cristiana, es fundamental. Ver hacia atrás, hacia las historias de nuestros pueblos, y pretender que lo religioso es solo sinónimo de ignorancia, superstición o injerencia extranjera no solo es una grave omisión, una visión parcializada de las cosas, también es la suplantación ilegítima de la pluralidad cultural real, por otra imagen creada a fuerza de prejuicios. En El Salvador, y en toda América Latina, las comunidades cristianas “de base”, los teólogos críticos -católicos y protestantes- y el cristianismo de liberación han sido expresiones de compromiso con los valores de la humanidad; en algunos momentos de

nuestra historia, generaron valiosas experiencias y espacios de debate y búsqueda de alternativas frente al poder dictatorial, le exclusión creciente y el terrorismo de Estado. En palabras de Romero, eran la voz de los sin voz. Y aún ahora lo siguen siendo.

Pero la idea de que podemos ser fieles a nuestras raíces culturales haciendo a un lado la herencia cristiana no solo fracasa al cerrar los ojos a todas estas expresiones del cristianismo comprometido con la humanidad, sino que también presupone una visión sesgada del fenómeno religioso, mutilando también la concepción de lo humano que pretende fomentarse. Esta pretensión parte de un esencialismo y maniqueísmo que se afincan en la idea de ser humano que proviene del liberalismo europeo y la ilustración, la cual declara “irracional” todo aquello que se escapa al cálculo instrumental y a los métodos de las ciencias empíricas, los cuales, más pronto que tarde, inundan de nuevas y terribles ilusiones las mentes de los reformadores sociales. Este utopismo de la modernidad combate con saña a las expresiones religiosas que no bajan la cabeza ni aceptan el lugar al que las ha arrinconado “la ciencia”: el de la moral “privada” y la “salvación del alma”.

La pertenencia a organizaciones progresistas o “de izquierdas” no nos salva de estos reduccionismos. En algunos países, las luchas legítimas, qué duda cabe, por un Estado laico van

acompañadas, generalmente, de una visión extremadamente peyorativa de lo religioso, algo que no solo genera evidentes reacciones y tropiezos en las estrategias, sino que termina por fragmentar aún más las luchas sociales. Al mismo tiempo, muchos militantes suscriben una espiritualidad que pretende conectar con las raíces culturales de los pueblos -alusiones a los pueblos “originarios” o a la “madre tierra”-, pero quieren hacerlo sin tomar en cuenta el sincretismo, el mestizaje ni los cientos de años de cristianismo que les parecen “irrelevantes” o simplemente “dañinos”.

Al hacer a un lado al *cristianismo de ahora*, luego de reducirlo a solo algunas de sus expresiones más negativas, el mejor intencionado pierde una valiosa herencia, una que podría ser crucial en estos momentos que vivimos. Y no se puede ser radical si, al pretender buscar tus raíces, terminas por cortar una buena parte de estas y lanzarlas al olvido. Una radicalidad así solo sería una vana ilusión y una pérdida irreparable que amenazaría con dejarnos en la orfandad histórica.

Esto nos lleva a la otra manera de comprender a San Oscar Romero como clave de humanización, en esta ocasión, como *orientación crítica* para luchar contra la forma más deshumanizante de religión que jamás existió: la religión neoliberal del mercado, la cual no solo amenaza con eliminar de nuestros rostros la más

San Oscar Romero: Cristianismo o Barbarie

mínima traza de humanidad (Is 52,14), sino que también es capaz de exterminar la vida humana por completo (Franz Hinkelammert). Esta clave de Romero es *la crítica de la idolatría que caracteriza a su profetismo*, crítica de los *fetiches* que amenazan la vida humana.

Absortos en su lucha contra las supersticiones y las prácticas religiosas deshumanizantes, muchos camaradas se olvidan del capitalismo como religión universal, la más católica de todas las que han existido (Walter Benjamin). Por el contrario, la pastoral y la predicación del arzobispo mártir tuvo siempre muy en cuenta quién era el enemigo de la vida humana: ni los murmullos y cadencias de las rezadoras ni los rituales para suplicar la llegada de las lluvias, sino la religión del dinero, que aplasta todo lo que encuentra a su paso y exige sacrificios sangrientos, cual Moloch renacido. Romero tenía claro qué le pide Dios a cada uno de nosotros: proceder con justicia y ser obediente y fiel al único Dios verdadero (Mi 6,8), el padre de Jesús. Esto significa, política y socialmente hablando, sumarse a la lucha frontal contra el capitalismo y sus potentados. Pero el cura Romero no llegó a pensar así influenciado por alguna clase de “análisis científico de la realidad”; Romero no era marxista ni pretendía que los aportes de Marx fundamentaran sus ideas, para nada. Sin embargo, acudiendo a sus raíces

cristianas, a la fe de Jesús, podía ver lo que Marx había visto, siguiendo un camino diferente.

Esta “cercanía contingente” de Romero a la teoría y praxis de muchos izquierdistas no cristianos parece ser un sello del santo centroamericano, que tantos seguidores ha tenido y sigue teniendo en las filas de las más diversas organizaciones de izquierda y no solo entre los cristianos que militan en ellas. La unidad entre socialistas y cristianos, tan importante en el Chile de Allende o en la Nicaragua de los años 80, no es tema para engavetar, sino de urgencia estratégica, porque la lucha contra alguien como Bolsonaro no es la lucha entre el iluminismo de los derechos humanos y el oscurantismo religioso, como algunos quisieran simplificarla, sino la lucha entre la religión del mercado, en sus versiones neoliberales, fascistas, evangélicas o católicas, y los creyentes y no creyentes comprometidos con la aspiración de aquel Prometeo que el joven Marx proclamaba como modelo, el que declaraba que solo la humanidad debería ser reconocida como la divinidad suprema.

Así, llegamos al tercer modo de entender la clave humanizadora que nos brinda San Oscar Romero: como *sentido de la reconstitución de la lucha en defensa de la humanidad*. Se trata, a mi modo de ver, de que la vida y obra del arzobispo salvadoreño fomentó todo el tiempo la necesidad de la *unidad y ampliación de las alianzas populares*. En

línea con la enseñanza de Juan XXIII de que es más lo que nos une que lo que nos divide, los esfuerzos de Romero siempre apuntaron a la unidad y a la necesidad de sumar más que restar. Romero era el arzobispo accesible, el que recibía a todos y no hacía distinciones basadas en prejuicios. ¿No nos hace falta algo de eso ahora?

Hoy en día, la reconstitución de la izquierda latinoamericana y la preparación para el combate implica que inventemos un *nuevo ecumenismo*: la concepción de que, para luchar contra el fascismo, tenemos que trabajar duro para formar la comunidad de lucha *que aún no tenemos*, porque los grupos a los que pertenecemos necesitan constituirse en algo más grande, algo sin lo cual no podremos vencer. La buena noticia es que tenemos una historia, unas raíces, y que nuestros santos y mártires caminan con nosotros. Buenas son también las figuras de la humanidad nueva que imaginamos, esa “sociedad en la que quepan todos”, de los zapatistas, o el “mundo en el que quepan muchos mundos”, del que habla Hinkelammert. Ahora bien, la mala noticia es que, probablemente, nuestras diferencias serán una pesada carga que amenazará con socavar nuestra confianza y mermar nuestra fe en esa unidad que buscamos. No es menor el papel que han venido jugando los medios masivos de comunicación, las redes sociales y la cultura de masas, agudizando estas diferencias y conven-

ciéndonos de que la lucha “la hace cada uno por su lado”, al mismo tiempo que se nos repite que no hay más alternativa que la del capitalismo triunfante y conquistador del mundo.

Sin embargo, lo que nos espera al otro lado de este abismo que se abre ante nosotros es la barbarie y eso tiene que movernos a la acción. Bolsonaro gusta de invocar a su dios, ese sanguinario impostor, pero no solo debemos negar a ese viejo dios para detener su nueva caravana de la muerte. También podemos oponerle otra divinidad, aquella que mediante la encarnación nos invitó a llamarle “papá” y a reconocernos como hermanos. Y debemos unirnos a los que han confiado en acercarse a ella en la medida en que se comprometen con el destino de los humillados, sojuzgados, abandonados y despreciados (Karl Marx). Camaradas como San Romero de América caminarán con nosotros, junto a Monseñor Angelelli, Berta Cáceres y Marielle Franco. Cristianos y socialistas, ambientalistas y feministas, defensores de derechos humanos y de la diversidad LGBT: *todos estamos convocados*.

¿Difícil? Tal vez, pero no imposible. Al menos no para quienes apreciamos la palabra y vida de San Oscar Romero, el compañero que nunca dejó de confiar en el “Dios presente en nuestro pueblo”.